

La sociedad ante la escuela. Convergencia de discursos entre dos generaciones

COLECTIVO IOÉ*

RESUMEN

Este texto se basa en una exploración cualitativa de dos agentes del proceso educativo: por una parte, los padres y madres de familia; por otra, sus hijos e hijas jóvenes, en gran parte escolarizados. A partir de un cuadro general de las principales posiciones ideológicas de ambos grupos (tradicional, clientelar, liberal e instituyente), se detallan sus puntos de vista en torno a la escuela y a cuestiones educativas tales como los itinerarios escolares, el fracaso escolar y las medidas específicas que se aplican para combatirlo. En términos generales, se observa una notable convergencia de posiciones ideológicas de fondo entre las dos generaciones. Así pues, la edad o la pertenencia a otra generación no se traducen en una redistribución del peso de los diferentes posicionamientos respecto de la escuela y su labor. Son otros factores, como la posición socioeconómica, el hábitat o la pertenencia a minorías, las que más explican las diferencias.

El sistema educativo español, tal como lo conocemos actualmente, es el resultado de un largo proceso de institucionalización que ha ido cristalizando en sucesivos conjuntos de normas y significaciones sobre lo que es o debe ser la escuela, y sobre el papel que deben desempeñar los diferentes agentes implicados en ella. El presente artículo se basa en dos estudios cualitativos, encargados por el Ministerio de Educación¹, que han explorado de forma abierta la opinión de los

* Equipo formado por Carlos Pereda, Walter Actis y Miguel Ángel de Prada (www.colectivoioe.org).

¹ Estudios realizados por Colectivo Ioé para el Instituto de Formación del Profesorado, Investigación e Innovación Educativa (IFIIE), del Ministerio de Educación. Véase Colectivo Ioé (2010a, 2012). Los textos recogidos entre comillas son referencias literales de los grupos de discusión aplicados en ambos estudios.

padres y madres con descendientes en edad escolar, por una parte, y de distintos segmentos de sus hijos e hijas, por otra.

La metodología utilizada en ambos estudios exploratorios ha sido una batería de 14 grupos de discusión, cuyas posibilidades y limitaciones están suficientemente probadas en distintos campos de la investigación social². La principal virtud de este procedimiento es su capacidad para captar de forma abierta las opiniones, actitudes, motivaciones y expectativas de la población en relación a cuestiones determinadas, lo que no es posible en una encuesta precodificada, que cierra las preguntas y las respuestas; y su mayor limitación, que no permite conocer la extensión y distribución precisa de las opiniones y discursos captados, lo que es propio de la encuesta.

El material empírico de partida (cinco grupos de discusión con padres y madres, y nueve con jóvenes de ambos sexos entre 15 y 29 años) pretendía recoger la diversidad social de ambos sectores de población, para lo que se tuvieron en cuenta criterios de representación por sexo y edad, hábitat, estatus socioeconómico, nivel educativo, nacionalidad, etcétera. El trabajo de campo se desarrolló en seis comunidades autónomas (Cataluña, Aragón, País Vasco, Castilla y León, Madrid y Castilla-La Mancha) en el cuarto trimestre de 2009 (padres y madres) y en el primer trimestre de 2011 (jóvenes).

El cuadro 1 presenta las posiciones ideológicas básicas en torno a la educación. Elaborado

² Sobre la práctica del grupo de discusión y su relación con otros dispositivos cuantitativos y cualitativos, véanse Ibáñez (1979), Alonso (1998) y Conde (2009).

a partir del análisis de los grupos de discusión, permite establecer un campo discursivo común a los puntos de vista de ambas generaciones. Tales posiciones facilitan el paso del nivel manifiesto de los textos grupales al de las lógicas generales que los atraviesan, lógicas implícitas que “se sitúan en un plano de mayor abstracción y generalización, relativamente despegado del material empírico analizado, refiriendo las principales posiciones discursivas (en torno a la educación) a sus modelos implícitos de sociedad y de ciudadanía” (Colectivo loé, 2010b: 92). En segundo lugar, se abordan cuestiones específicas en torno a la imagen y las expectativas sobre la escuela, así como su relación con otros dispositivos de socialización, las metas académicas y los itinerarios de éxito y fracaso, las medidas de refuerzo y atención a la diversidad, y también la opinión sobre la política educativa, tratando de identificar las convergencias y divergencias entre los dos agentes estudiados: la población adulta y la juventud.

1. CUATRO POSICIONES BÁSICAS EN TORNO A LA EDUCACIÓN

El análisis de los grupos de discusión se realizó en dos fases. En la primera se identificaron los posicionamientos específicos y relativamente coherentes existentes en cada grupo, llegando a distinguir más de 30 fracciones discursivas. En un segundo momento, tratando de comprender las lógicas subyacentes a dichas fracciones, construimos un esquema interpretativo de cuatro posiciones básicas que dibujan diversas formas de entender la educación, enmarcadas en otras tantas representaciones de la sociedad (cuadro 1). Los puntos de vista de los agentes estudiados forman parte de cosmovisiones más amplias que tienen que ver con su posición social y con el contexto histórico en que les ha tocado vivir. En particular, hemos podido comprobar que la actual generación de padres y madres se ha visto sacudida por importantes transformaciones experimentadas en la institución familiar y en los restantes dispositivos de socialización, y la población joven se encuentra, en gran parte, bloqueada en sus aspiraciones de emancipación laboral y residencial debido a la crisis económica de los últimos años.

El nombre asignado a cada posición (tradicional, clientelar, liberal e instituyente) simplifica inevitablemente la realidad, pero resulta útil como etiqueta para referir las formas básicas de entender y valorar la educación, que remiten, a su vez, a con-

cepciones distintas del orden social en que se inscriben los discursos. Este esquema parte de las aportaciones de la llamada “escuela cualitativa madrileña”, que ha aplicado un enfoque crítico y multidimensional al análisis de la actual sociedad española, a fin de superar el clásico esquema unilineal y bipolar que enfrentaba tradición y modernidad, atraso y civilización, etcétera³.

Dentro de cada posición se distinguen, a su vez, tres dimensiones (filas del cuadro): en primer lugar, el modelo de autoridad desde el que las personas adultas y, en general, los agentes educativos transmiten sus conocimientos y valores a la infancia y la juventud; en segundo lugar, los criterios que deben presidir la trayectoria educativa-escolar; y, en tercer lugar, el modelo global de sociedad y de ciudadanía hacia el que apunta cada posición. Este esquema sirve para encuadrar tanto la posición de los padres y madres como la de sus hijos e hijas, dos generaciones que observan la educación desde lugares distintos, pero con similares claves interpretativas.

Las dos columnas centrales del cuadro (posiciones clientelar y liberal) se corresponden, en líneas generales, con los discursos dominantes en España en las últimas décadas, a partir de la Constitución de 1978, tras el llamado pacto de la transición (Velarde, 1990). Por su parte, las columnas de la izquierda y la derecha representan vías de ruptura con dicho discurso dominante: el punto de partida común es la desconfianza hacia el vigente marco político, económico y cultural, agravada a raíz de la reciente crisis económica, lo que lleva a plantear salidas, ya sea en un línea regresiva, de vuelta al pasado (posición autoritaria tradicional) o progresiva, sugiriendo nuevas utopías transformadoras (posición indignada instituyente). En el ámbito político, la “nueva derecha europea” sería la heredera de la posición tradicional (Antón, 2006), pero emergen también los “neocons” y diversos movimientos integristas que defienden la jerarquización y moralización de la sociedad. En cuanto a la posición instituyente, tiene también sus referentes teóricos en autores de orientación crítica (Fernández Durán, 2011; Wallerstein, 2007) y está presente en diversas corrientes de nuestra época, como el movimiento antiglobalización en el plano internacional o el 15-M en el contexto reciente de España⁴,

³ Véanse Ibáñez (1990), Ortí (1994) y Conde (1999 y 2002).

⁴ Este movimiento eclosionó pocos meses después de aplicarse los grupos de discusión en los que se basa el presente artículo.

CUADRO 1

POSICIONES BÁSICAS ANTE LA EDUCACIÓN Y LA ESCUELA

A Posición tradicional (discurso regresivo)	B Posición clientelar	C Posición liberal	D Posición instituyente (discurso progresivo)
	(discurso bipolar dominante)		
<p>Autoridad del padre (Cohesión familiar)</p> <p>Normas claras y mensajes convergentes de todos los agentes.</p> <p>Disciplina</p>	<p>Autoridad pedagógica (Regulación estatal)</p> <p>Valores y pautas de conducta según el modelo del propio país.</p> <p>Normalización</p>	<p>Autoridad eficiente (Ética del esfuerzo)</p> <p>Competencia individual en un contexto abierto-plural.</p> <p>Mérito</p>	<p>Autoridad liberadora (Sujetos en proceso)</p> <p>Ver y juzgar desde la experiencia, sin miedo a actuar.</p> <p>Movilización</p>
<p>Escuela intracultural</p> <p>Valores comunes a los que atenerse, incluidas las minorías étnicas e inmigrantes.</p> <p>Enseñar con “mano dura” y tarima para el maestro.</p> <p>Docentes rigurosos</p>	<p>Escuela monocultural</p> <p>Respeto de las normas establecidas, itinerario de normalización.</p> <p>Clases homogéneas y aulas puente.</p> <p>Docentes funcionarios</p>	<p>Escuela pluricultural</p> <p>Aprender a desenvolverse en un mundo plural y competitivo.</p> <p>Calidad educativa y cursos de excelencia.</p> <p>Docentes profesionales</p>	<p>Escuela transcultural</p> <p>Compartir itinerarios con un alumnado diverso en capacidad, cultura, etc.</p> <p>Educación vocacional y formación como persona.</p> <p>Docentes amigos</p>
<p>Sociedad jerarquizada (Lazos tradicionales)</p> <p>Reclamo de una autoridad fuerte, que se imponga al descontrol actual.</p> <p>Régimen autoritario</p>	<p>Sociedad estatal (Poder legítimo)</p> <p>Monopolio del saber y poder establecidos, como garantes de la propia cultura.</p> <p>Estado de derecho</p>	<p>Sociedad competitiva (Meritocracia)</p> <p>Igualdad de oportunidades en un mercado abierto y desigual.</p> <p>Democracia liberal</p>	<p>Sociedad horizontal (Poder constituyente)</p> <p>Reclamo de una sociedad más justa, sostenible e intercultural.</p> <p>Democracia participativa</p>

Fuente: Elaboración propia.

así como en otras movilizaciones que han tenido lugar en diversas latitudes.

A continuación se presentan de forma secuencial las características de las cuatro posiciones, distinguiendo los matices propios de las generaciones parental y filial, así como las convergencias existentes entre ellas.

La posición tradicional

Para la población adulta ubicada en esta posición, el eje o “quicio” del proceso educativo en el seno de la familia es la autoridad incuestionada del padre-varón sobre la madre-mujer, y de ambos cónyuges sobre sus descendientes, lo que se extiende a la autoridad del maestro sobre el

alumnado en el ámbito escolar. En el seno de la familia, los progenitores deben inculcar obediencia y buenos modales (“saber estar”), así como austeridad y solidaridad entre los hermanos (fratría). Hay que tener “mano dura” y ser constantes, con coherencia y sin concesiones, unas actitudes que son difíciles de encontrar en las familias actuales. Las normas deben ser claras y los mensajes convergentes: “para educar al hijo hace falta toda la tribu, como los Masai” (educación intracultural). Para la escuela se defiende un tipo de docente que sea “riguroso” y consecuente con los principios académicos.

La juventud ubicada en esta posición muestra una preocupación inicial por el empleo, que afecta en mayor medida a sectores sociales precarios. Si antes había empleo y no se exigían títulos ni experiencia, ahora es todo lo contrario: te piden lo imposible y las “ayudas” son insuficientes. Quienes están en paro “se ven sin nada”, y quienes están empleados “tienen los días contados”; una espiral catastrófica que conduce a la juventud a una situación sin salida por lo que “te terminas quemando totalmente”. Solo la perspectiva de un cambio en dirección al pasado podría dar la vuelta a la situación, lo que exigiría una autoridad fuerte, que se imponga al descontrol actual y se ponga al servicio del buen ciudadano, esforzado en el estudio y en el trabajo. En el ámbito escolar se critica la falta de valores comunes a los que todos tengan que atenerse, incluidas las minorías (gitana, inmigrante, etc.). Se tiene la sensación de que cunden la indisciplina y la vagancia, con tasas elevadas de fracaso y abandono de los estudios, sobre todo en los suburbios y las áreas rurales.

En definitiva, tanto desde la óptica parental como filial se propone una vuelta a valores tradicionales y reconstruir una sociedad bien ordenada, que imponga la ley “con un poquito de mano dura que siempre viene bien en un país”. Desde el punto de vista histórico, se percibe una estrecha correlación entre la llegada a España de la sociedad de consumo y el desmoronamiento de las formas de socialización tradicional. En las últimas décadas, España habría sido “invadida” por valores ajenos, el “modelo de vida americano”, cuyos ejes son el individualismo insolidario, el consumismo hedonista y el enfrentamiento interpersonal competitivo. Late en el fondo un componente crítico con respecto al modelo político-económico-educativo actual, que habría roto con las solidaridades y formas de relación prevalentes en España a lo largo de muchos siglos, y se insinúa la predilección por un régimen

político bien jerarquizado y que se vertebre a partir de lazos comunitarios tradicionales.

La posición clientelar

En este caso, la autoridad se traslada a las instancias que se consideran legitimadas para regular la vida social. Tanto los padres y madres como los docentes son responsables de educar a la infancia y a la juventud de acuerdo con el saber pedagógico y la cultura educativa refrendados y regulados por las autoridades públicas del Estado (educación monocultural). Se trata de transmitir aquellos valores y pautas de conducta que se consideran más correctos para llegar a ser buenos ciudadanos y ciudadanas: ética básica para saber distinguir entre el bien y el mal, normas de higiene y buena vecindad, colaboración con las instituciones públicas, sensibilidad hacia los problemas del hambre o la pobreza en el mundo, etcétera (“que mi hija llegue a ser buena ciudadana, responsable y educada, lo demás ya vendrá”). Los acelerados cambios de la sociedad española hacen que muchos progenitores con esta mentalidad se encuentren desbordados y, a veces, se sientan perdidos, por lo que reclaman de las autoridades competentes un “manual de instrucciones” que les explique cómo ser “buenos padres”.

La población joven ubicada en esta posición se encuentra con frecuencia en tensión o crispada, en la medida en que la crisis económica de los últimos años ha agravado su precariedad laboral y sus dificultades para emanciparse. No obstante, aunque de momento se ha frenado la “rueda de la fortuna” (crédito fácil, expansión del empleo, facilidades para la creación de nuevos hogares), se tiene confianza en volver a la situación anterior y conseguir niveles de consumo y cohesión social satisfactorios, de acuerdo con la posición y las aspiraciones de cada cual. En especial, se espera de las instituciones públicas que apoyen a los sectores sociales más frágiles, tanto en el campo educativo como en el laboral, lo que no significa “ayudar a los vagos” o ser blandos con quienes adopten “comportamientos antisociales”. En el plano personal, la clave para resolver los problemas es el buen comportamiento. Las oportunidades existen, pero es preciso aprovecharlas para “labrarte un futuro”. En especial, hay que procurar la empleabilidad a través de la formación y el entrenamiento profesional, ya sea para conseguir un empleo cualificado correspondiente a la propia posición social (clases supra-ordinadas) o para conseguir un empleo “cualquiera” que per-

mita sobrevivir y fundar un nuevo hogar (clases sub-ordinadas).

Tanto la población joven como los padres y madres confían en el profesorado como portavoz legítimo del saber y del poder socialmente establecidos, esperando de los profesores que sean funcionarios bien preparados, “no burócratas”, que se comprometan con su trabajo, se reciclen mediante formación permanente y motiven al alumnado con criterios pedagógicos. Ante los problemas educativos, se tiende a adoptar una actitud autoinculpatoria, mezclada con una sensación de abandono por parte de aquellas instituciones que deberían encargarse de supervisar la educación.

La posición liberal

El eje educativo de esta posición es la ética del esfuerzo, o sea, la capacidad que tienen los individuos para desenvolverse en un mundo plural y abierto a la competencia (educación pluricultural). Los padres y madres insisten no tanto en determinados valores, creencias o pautas de conducta, que pueden ser diversos en una sociedad plural, sino en el esfuerzo por “hacer las cosas lo mejor posible” para conseguir una integración exitosa en una sociedad abierta.

Por su parte, la juventud que mantiene la posición liberal destaca la igualdad de oportunidades basada en el mérito, el pluralismo social y la libertad de mercado. Sin embargo, en el actual contexto de crisis del empleo, amplios segmentos se sienten frustrados, ya que no encuentran un trabajo “acorde con nuestros estudios... algo de lo nuestro”, es decir, congruente con una posición social acomodada y con estudios universitarios terminados. Para hacer más competitiva la economía, se defiende la reforma del mercado laboral, con menos funcionarios (que “pasan de todo”) y sin empleos vitalicios (“ya cuando te hacen fijo, te acomodas”), mayor control de las prestaciones de desempleo y más oportunidades para quienes se esfuerzan en trabajar bien (“me da igual que nos peguemos...”). Es decir, habría que superar la cultura funcional-comoda, que alimenta “mucho vago y mucha gente que se aprovecha de todo”, y favorecer la movilidad laboral, incluyendo la emigración a otros países, como hicieron “nuestros abuelos, que amasaron fortunas”; en definitiva, un proceso de decisiones que, desde esta posición ideológica liberal, corresponde básicamente al cálculo individual de los sujetos afectados (“al final tú, como individuo, tomas tus decisiones”)

con la mira puesta en conseguir un empleo rentable.

Tanto para jóvenes como para progenitores, la escuela debe contar con docentes que sean buenos “profesionales de lo suyo”, especialistas en la tarea específica de enseñar, como los médicos o los jardineros en sus respectivos campos. El referente ya no es el funcionario, sino el profesional de la empresa privada que “si lo hace mal, se le echa”. La selección del profesorado se debe hacer según criterios de calidad y competencia, en función de unos objetivos que se deben evaluar periódicamente (“hay que hacer números... ¡no valen todos!”). Esta posición acepta las coordenadas generales de la sociedad vigente, por lo que no cuestiona la estratificación social, que sería resultado del libre juego competitivo de los grupos sociales, ocupando las clases medias la mejor posición, de equilibrio y normalidad (“la gente media es la normal”), a medio camino de los excesos de la clase alta y los déficits de la clase baja (“lo que más abunda en la sociedad”).

La posición instituyente

El eje educativo para esta posición es el poder constituyente que asiste a todos los sujetos –de cualquier cultura y condición– como miembros activos de una sociedad mundial con graves problemas y en la que deben posicionarse responsablemente (educación transcultural). Desde la perspectiva de los progenitores, se insiste en el margen de maniobra que tienen las personas para reconstruir las formas de vida y las instituciones sociales. Los padres y madres deben procurar crear un clima de confianza con sus vástagos, sin “cerrarles los ojos”, pero permaneciendo siempre a su lado para que aprendan a “valorar dónde está el fiel de la balanza” y ser consecuentes con sus principios (“superar el miedo que les impida moverse”).

Desde la perspectiva juvenil, la posición instituyente ha perdido la confianza en las posibilidades del sistema vigente para hacer frente a los graves problemas vividos, agudizados por la crisis de los últimos años. Se cuestiona el marco económico-laboral, político y cultural existente, y se reclama “salir a la calle” para construir un futuro diferente. El punto de arranque es, como en otras posiciones, la precariedad laboral, que se manifiesta en el paro de larga duración y también, especialmente, en los contratos en prácticas. Se sienten “indignados” por lo que califican de “estafa” para el trabajador y

“chollo” para las empresas. El mercado de trabajo está marcado por la frontal oposición entre “ellos”, la clase empresarial que “se aprovecha” (con la complicidad de los sindicatos mayoritarios y los gobiernos de turno), y “nosotros”, los jóvenes “explotados” en lo económico y “anestesiados” en lo político, hasta que la situación “estalle” y “la gente que manda se vea ahogada y vean que la gente va en serio”.

Tanto jóvenes como adultos esperan que el profesorado mantenga una relación de confianza e implicación con sus alumnos y alumnas, de manera que puedan abordar sus problemas personales (sexo, fracaso escolar, drogas...) y sociales (la injusticia social, la hipocresía de la política vigente, etc.), en estrecha cooperación con los padres cuando el caso lo requiera. A la concepción utilitarista de la escuela (estudiar para conseguir empleo, ganar dinero, situarte en la vida), se contraponen el enfoque vocacional de estudiar “por gusto”, para aprender y formarse como personas. En cuanto a la emancipación residencial de la juventud, el difícil acceso a una vivienda se contraponen a la proliferación de viviendas vacías que una minoría de especuladores acapara a costa de la mayoría (“ése es el problema”).

El sistema político de monarquía parlamentaria, que, en opinión de los progenitores, supuso un claro avance en relación al pasado autoritario, estaría ahora dominado por valores individualistas y mercantilistas que han reforzado las desigualdades sociales y dan lugar a formas insostenibles de producción y consumo. Como propuesta de futuro, se plantea la necesidad de una movilización social que permita un cambio de paradigma social y educativo: pasar de la loca carrera por “coger oficio y beneficio”, a la satisfacción de ser “personas y profesionales felices en su entorno”. De modo particular, la juventud indignada-instituyente plantea la necesidad de “despertar” y “salir a la calle” para reclamar igualdad y solidaridad en la vida económica y una democracia de corte participativo.

2. PADRES Y MADRES ANTE LA ESCUELA

Metas académicas y normas escolares

El principal cometido del sistema escolar, y en ello coinciden los padres y madres de todas las posiciones, es “instruir”; es decir, proporcionar al alumnado las “metas académicas” que se conside-

ran necesarias para asegurar la inserción social y laboral en la vida adulta. Secundariamente, y como apoyo a la educación en el hogar, la escuela contribuye también a la formación de la persona (“educar en valores”). Las divergencias aparecen cuando los progenitores consultados tratan de precisar las metas académicas que esperan para sus hijos e hijas, o en qué consiste el papel subsidiario o de apoyo en el campo propiamente educativo. En ambos casos, las diversas posiciones ideológicas influyen decisivamente y dan lugar a demandas y escenarios de futuro diferentes.

Desde las posiciones tradicional, clientelar e instituyente, las metas académicas dependen tanto de la capacidad del alumnado (“hay chicos eminentes y otros que no llegan...”) como de la diversidad de oficios que se pueden desarrollar en la vida adulta (“todo el mundo no es arquitecto ni todo el mundo va a ser médico”). Por tanto, en principio, es buena la diversificación curricular temprana, para adaptarse a las capacidades e intereses de los sujetos, sin obligarles a ir a la escuela más allá de cierta edad. En cambio, para los padres y madres de posición liberal, la realización escolar implica culminar una “carrera universitaria... de la que va a depender el resto de su vida”. Este modelo de realización de las clases medias acomodadas –sectores en los que se asienta de forma preferente el discurso liberal– se generaliza como norma de éxito escolar, por lo que no lograr un título superior se ve como un fracaso o un déficit, algo que produce pánico cuando piensan en sus descendientes (“como hay mucho fracaso escolar, estamos aterrorizados”), pero que consideran inevitable en otros sectores sociales (clases bajas e inmigrantes que trabajan muchas horas y/o desatienden a sus vástagos).

Las posiciones tradicional y liberal coinciden en la necesidad de aplicar con rigor las normas escolares, defienden las calificaciones basadas estrictamente en los resultados y el paso de curso sin arrastrar suspensos, de manera que los chicos y chicas sientan la necesidad de estudiar. En la escuela, la “edad mental” (nivel académico alcanzado) se debe priorizar sobre la edad cronológica (el año de nacimiento). Lo contrario les parece “un error garrafal” en el que ha caído la normativa vigente (Fernández Enguita, Mena y Rivière, 2010: 187-188). Además, los padres y madres deben colaborar desde el hogar controlando la realización de los deberes y poniendo normas claras para salir de casa, ver la televisión, usar el ordenador, jugar “con maquinitas”, etcétera. Los docentes rigurosos (“no te pasa ni una... solo te aprueba si sabes”) y eficientes (“profesionales de lo suyo... se tienen

que cubrir unos objetivos y hacer unos números”) son los más apropiados, respectivamente, para estas dos posiciones.

En cambio, las posiciones clientelar e instituyente insisten en la necesidad de adoptar criterios flexibles para conseguir las metas educativas, usando una metodología pedagógica adaptada a los diversos tipos de alumnado, así como también buscando la cooperación e implicación de las familias. La formación de la mayoría de la clase debe primar sobre la atención a los más aventajados, lo que no impide establecer diversificación curricular para adaptarse a los niveles y áreas de interés del alumnado, a la vez que se introducen aulas de apoyo y de educación compensatoria para quienes lo necesitan.

El fracaso escolar

Ante el fracaso escolar, se aprecian algunos análisis convergentes en las diferentes posiciones identificadas, pero cada una de ellas prima un marco explicativo diferente. Así, para los padres rurales de orientación tradicional la escuela actual falla en todos sus flancos: familias blandas y proteccionistas, alumnado no motivado y docentes poco exigentes. Además, el establecimiento de un itinerario educativo que obliga a seguir en la escuela hasta los 16 años (con perspectivas de ampliación a los 18) da lugar a un creciente grupo de “atrasados” en las aulas que “no hay profesor que pueda con ellos” (“se van atrasando, se van atrasando y cuando llegan a la ESO, ya es una montaña que es imposible pasar...”). Esta evolución de la escuela sería resultado del nuevo modelo de sociedad de consumo establecido en España, que habría alterado las bases de las formas de socialización tradicional, en especial la autoridad de los docentes y el nivel de exigencia en la clase.

Desde la posición clientelar se reconocen, en gran parte, los mismos fallos descritos por la posición tradicional (proteccionismo de las familias, falta de motivación, fallos de los docentes...), a lo que se añade el problema de la heterogeneidad del alumnado, no solo por el “lastre” de los fracasados sino por una importante presencia de inmigrantes, en particular, de los recién llegados y con dificultades de integración. Sin embargo, la interpretación de estos hechos es muy distinta, al achacar tales fallos a las propias familias (poco preparadas y sin apoyos suficientes para su tarea educativa), al profesorado (incoherencias, falta de reciclaje, burócratas...) y al mal funcionamiento

de la política educativa, que no sale al paso suficientemente de los problemas planteados.

La posición instituyente también reconoce varios de los fallos ya descritos en relación con el fracaso escolar: dejadez y falta de atención por parte de las familias (a veces, por exceso de horas de trabajo de los progenitores), falta de motivación del alumnado y fallos de los docentes, a los que se añade el “trauma” que supone para los niños de 12 años el paso de la educación primaria a secundaria: “de golpe y porrazo” se encuentran con unas normas y un ritmo escolar “acelerado” que no es propio de su edad, y un número excesivo de asignaturas no relacionadas con sus intereses. El resultado es que, con frecuencia, se sienten “agobiados” y llegan los suspensos y el fracaso escolar; un proceso que los progenitores con mentalidad instituyente interpretan como una forma de “rebelión” frente a la exclusión a la que les condena el sistema educativo (“están constantemente marcándolos, marcándolos, marcándolos”). Al final, tal como ocurría con la posición tradicional pero por otros motivos, el juicio revierte sobre la sociedad en su conjunto que, de ese modo, estigmatiza y hace fracasar a los adolescentes de las clases populares.

Por último, desde la posición liberal el fracaso escolar es percibido como un fenómeno poco habitual entre las clases medias⁵, lo que no impide que se vea como un gran problema que hay que prevenir mediante la ética del esfuerzo individual desde el nivel de primaria, mediante el control por parte de las familias y la exigencia de calidad por parte de los docentes. En cuanto a la presencia de inmigrantes y minorías culturales en la escuela, no se considera problemática siempre que no perjudique al nivel general de la clase. En todo caso, si esto ocurriera no se debería a las diferencias culturales del alumnado, sino a otras causas que habría que abordar mediante políticas compensatorias y de apoyo especializadas (se alude, sobre todo, al dominio de la/s lengua/s vehicular/es de la escuela).

Propuestas de la generación adulta

A partir de los anteriores análisis, los padres y madres plantean diversas propuestas para mejo-

⁵ Según los informes de PISA, el riesgo de fracaso escolar del alumnado procedente de la clase obrera (cabeza del hogar con empleo manual, cualificado o no cualificado) es el doble que el de los empleados cualificados de cuello blanco. Véanse OCDE (2005) y Calero y Waisgrais (2009: 90).

rar el aprendizaje en la escuela. La primera de ellas consiste en reforzar la autoridad del profesorado, una cuestión que se entiende de diversa manera en función de la posición ideológica. Para el discurso tradicional, hay que volver a la exigencia y la mano dura, reponer signos externos como la tarima (para que los docentes miren hacia abajo a los alumnos/as), introducir modificaciones legales que eleven el estatus del profesorado (“como si fuera la policía”), etcétera.

Para la posición clientelar, los docentes deben ser reconocidos por las familias como principales portavoces y representantes del saber pedagógico y educativo, deben contar con ellos y respetarles, acudir a sus citas y reuniones, a la vez que el profesorado trata de ser coherente con la importante misión que le ha confiado la sociedad.

En cambio, para el discurso liberal, la autoridad docente no debe basarse en la condición funcional de los profesores, sino en su buena preparación profesional, trabajando por objetivos evaluables como en la empresa privada y con posibilidad de reposición si no son eficientes.

Finalmente, para la posición instituyente, la autoridad de los docentes debe ser paralela al clima de amistad y confianza con el alumnado, de manera que puedan entablar una relación personalizada en el trabajo cotidiano de la clase.

Una segunda propuesta plantea una mayor implicación de los padres y madres en el proceso escolar. Se reconoce que solo una minoría participa activamente en las asociaciones y en las reuniones o actividades promovidas desde los centros. Sin embargo, salvo casos excepcionales, todas las posiciones consideran importante un “pacto de corresponsabilidad” y respeto mutuo entre progenitores y docentes, así como una mayor participación en el proceso escolar. Algunos matices son, no obstante, importantes: para la posición tradicional, lo ideal sería funcionar como “una orquesta bajo la batuta del director del centro”, en la cual los músicos fueran los profesores, los alumnos y los padres (“todos a una y bien dirigidos”); desde la perspectiva clientelar, los centros y el profesorado deberían ser mucho más activos a la hora de “enseñar” a los padres y madres cómo ayudar a sus hijos en casa con las “tareas” y en las actividades del colegio, ya que con frecuencia se encuentran perdidos y hasta desvalorizados por sus propios hijos (“mamá, es que no tienes ni idea”); el discurso instituyente, por su parte, exige que las familias tengan cauces efectivos de participación en los centros, además de plantear la

necesidad de movilizar a los padres-madres y al profesorado, buscando, cuando sea posible, la unión de los centros de titularidad pública y privada, a fin de conseguir aquellos objetivos educativos –micro y macro– que se consideren convenientes.

Por último, se propone mejorar la metodología escolar con demandas que se diversifican según la posición ideológica. Para el discurso tradicional, habría que retomar los métodos tradicionales (mano dura, normas claras e indiscutibles, etc.); incluso algunos sectores de padres se plantean la conveniencia de volver a la separación de sexos en las aulas o reponer el uniforme que es “mucho más barato” e iguala a todos. La posición clientelar reclama mayor coherencia entre lo que dicen y hacen los profesores, y que conecten más con los padres y madres, a fin de conocer los métodos de aprendizaje que utilizan en clase y poder ayudar desde casa con los deberes. Para la posición liberal es importante no dar las cosas hechas al alumnado (“se lo tienen que ganar con su esfuerzo”) y enseñarles a elaborar “esquemas de su propia cosecha”, sin abusar de métodos memorísticos; del mismo modo, se insiste en dar más importancia y tiempo a las asignaturas “troncales”, y menos a las “marías”. Por último, el discurso instituyente plantea la necesidad de dosificar el ritmo y las exigencias escolares (“ir apretando a medida que van subiendo”), sin saturarles con un excesivo número de materias y horas de clase que resultan agotadoras, especialmente en el nivel de educación primaria.

3. LOS JÓVENES ANTE LA ESCUELA

Funciones de la escuela y la familia

Familia y escuela constituyen las dos instituciones tradicionales de socialización de la infancia, con los padres y docentes como figuras clave. No obstante, mientras cada uno de estos dispositivos tiene para las posiciones clientelar y liberal una función propia (educar, la familia; instruir, la escuela), la posición tradicional plantea la necesidad de que exista plena convergencia educativa entre ambas figuras, siendo su exponente más claro la escuela confesional (moralización), en tanto que la posición indignada-instituyente pone el acento en el protagonismo y el sentido crítico que deben inspirar tanto el trabajo de la familia como el de la escuela (emancipación personal).

Desde la posición bipolar dominante (clientelar-liberal) se entiende por *educar* la transmisión de valores, creencias y pautas de comportamiento que constituyen la base ética de cualquier sociedad (“guiar al niño en la vida”); y por *enseñar*, el aprendizaje de aquellos conocimientos y competencias que se consideran necesarios para desenvolverse con autonomía en la vida adulta y acceder al mercado de trabajo. Según esto, no sería propio de la escuela “adoctrinar” sobre principios éticos determinados (“lo que tengo que querer y odiar”) o impartir materias que implican opciones ideológicas precisas, en alusión a la religión y a la asignatura de educación para la ciudadanía (“que se quiten de religión y de la ... ciudadanía”). Del mismo modo, la familia no tiene por qué enseñar a hacer raíces cuadradas, aunque puede colaborar con la escuela creando hábitos de estudio en sus hijos e hijas, y motivándoles para que se centren en las tareas escolares. Estos planteamientos son compartidos en la mayoría de grupos de jóvenes, y coinciden con el discurso dominante de los padres y madres de familia.

La asignación de distintas funciones a la familia y la escuela no impide que ambas instituciones se relacionen entre sí y se apoyen mutuamente. De hecho, y en esto coinciden también padres e hijos, la escuela necesita que la función educativa en el seno de la familia se ejerza correctamente para que los alumnos y alumnas no lleguen al colegio “asalvajados”. Además, se espera que los progenitores les controlen en las tareas escolares y les motiven sobre la necesidad de estudiar, especialmente en las etapas de educación primaria y primeros años de secundaria. En estos casos, el interés de los progenitores por colaborar en los estudios de sus hijos, unido al afecto y a las atenciones de todo tipo que les prodigan, se convierte en un poderoso estímulo para que estos sean aplicados y obtengan, a cambio, la aprobación paterna y las “recompensas” consiguientes. El control parental debe ser mayor hasta los 12-13 años, ya que hasta esa edad los niños y niñas “solo piensan en jugar”, y reducirse paulatinamente a partir de la adolescencia, a medida que se hagan responsables de sus actos.

Claves del éxito o fracaso escolar

Las representaciones juveniles en torno a este tema comparten la idea de que solo una minoría del alumnado presenta falta de aptitud -por problemas psicológicos o limitaciones mentales- para seguir un itinerario escolar normalizado.

El resto, es decir, la inmensa mayoría, lo podría seguir si se lo propusiera y encontrara el contexto apropiado. En el plano personal, el síntoma común del fracaso escolar es la falta de interés o la “vagancia”. A partir de ahí surgen varias explicaciones y propuestas de solución.

Para la posición dominante clientelar-liberal, son varias las causas que explican el desinterés por estudiar: la falta de espíritu competitivo o de confianza en las propias fuerzas (polo liberal, más habitual entre jóvenes de estatus alto); los fallos y limitaciones del sistema escolar (polo clientelar, más frecuente en jóvenes de estatus bajo); o el conflicto con otros intereses, en especial la aspiración al consumo y disfrute juvenil, que llevó a muchos jóvenes de clases populares a dejar tempranamente la escuela en los años de bonanza económica para trabajar y ganar dinero. Superar estos problemas implica promocionar el esfuerzo individual y la confianza en la igualdad de oportunidades, mejorar la calidad del sistema escolar, y garantizar el estrecho vínculo entre éxito escolar y bienestar en la vida adulta, que justificaría posponer el disfrute juvenil.

Para la posición tradicional, los problemas escolares guardan estrecha relación con la crisis de valores y de respeto a la autoridad en la sociedad actual, en la cual la libertad se confunde con libertinaje. Desde esta perspectiva, las propuestas pasan por rearmar moralmente a la juventud y volver a la antigua disciplina en la familia, en la escuela y en el resto de las instituciones.

Para la posición instituyente, el fracaso escolar remite a un problema global de la sociedad, incapaz de motivar a la juventud, especialmente a aquellos sectores que son víctimas de la desigualdad y la segregación. Para superar esta situación, sería necesario “reaccionar” y poner como horizonte de la escuela la promoción de sujetos conscientes y protagonistas de su vida a nivel personal y social.

En el plano contextual, son muchos los factores condicionantes del itinerario escolar, entre los que destaca especialmente el papel de la familia y de los iguales, pero también el hábitat o la comunidad autónoma. En cuanto al profesorado, se le considera otro factor clave para explicar el éxito o fracaso en los estudios, si bien se encuentra condicionado en su trabajo por el marco de la institución escolar y por el número y las características del alumnado que asiste a sus clases. Los diversos grupos de jóvenes coinciden en señalar que la cua-

lidad básica del docente es “tener gancho” para motivar al auditorio, pero tal expresión encierra distintos significados (eficiencia, disciplina o cercanía) según sea su posición ideológica.

Los chicos y chicas jóvenes que han utilizado las medidas adoptadas contra el fracaso escolar las valoran más que el resto, al margen de cuál sea su posición ideológica, sobre todo, si han conseguido resultados satisfactorios. En particular, reconocen la utilidad de las medidas de refuerzo escolar y los programas alternativos de Diversificación y de Cualificación Profesional Inicial (PCPI), así como la intervención de profesionales de apoyo (psicólogos y mediadores sociales) y las facilidades para retomar los estudios después de haberlos abandonado. En cambio, se valoran negativamente las repeticiones de curso, que implican con frecuencia problemas psicológicos y suelen provocar desinterés por el estudio, y el establecimiento de grupos de clase por niveles académicos, que refuerzan la discriminación y estigmatización de los menos brillantes.

Quienes no han tenido experiencia personal de fracaso y no han recurrido a medidas extraordinarias presentan diversas valoraciones que cabe agrupar a partir de su posición ideológica. Entre las posiciones tradicional y liberal se produce una alianza en el sentido de que ambas tienden a rechazar tales medidas, en el primer caso porque no están de acuerdo con dar facilidades a los “vagos”, y en el segundo porque tales ayudas quebrantan la igualdad de oportunidades (“¿por qué unos lo tenemos tan difícil y otros tan fácil?”). La posición tradicional pone el énfasis en la importancia de aplicar con rigor las normas académicas, en especial los suspensos, las repeticiones de curso y las expulsiones, como medidas disuasorias frente a la pereza y la indisciplina. La posición liberal, por su parte, percibe en las medidas de refuerzo y apoyo a la diversidad, así como el reparto de clases por niveles académicos, la ventaja de elevar el nivel medio de la clase y, por tanto, el expediente académico final.

Distinta confluencia se produce entre las corrientes clientelar e instituyente, pues se valoran positivamente las medidas extraordinarias contra el fracaso escolar, en el primer caso por la importancia otorgada a la tutela pública frente a los problemas y las limitaciones de la vida escolar, y en el segundo porque se aprecia todo aquello que se pueda hacer para reparar los efectos negativos de la desigualdad social.

La política educativa

La mayoría de los jóvenes, sea cual sea su posición ideológica, critica la orientación partidista de los cambios legislativos en materia educativa. Estas políticas deberían tener dos cualidades: más continuidad en el tiempo, al margen de los cambios de gobierno; y más flexibilidad para introducir aquellos cambios que se desprendan de la experiencia o que vengan exigidos por nuevas circunstancias. El consenso es también muy alto respecto a no prolongar la escolarización obligatoria más allá de los 16 años y a la importancia de prestar más atención a los momentos de transición educativa (12, 16 y 18 años). Asimismo, algunas propuestas concretas gozan del máximo respaldo, como potenciar la formación continua a lo largo de la vida, ampliar y repartir con más equidad el sistema de becas, facilitar la convalidación de títulos o sincronizar mejor los horarios escolares con los del trabajo de las familias.

Las diferencias aparecen en relación a la orientación general de la educación. La posición dominante clientelar-liberal pone el acento en las mejoras pedagógicas, el respeto al pluralismo y en que la escuela sea un mecanismo eficiente de inserción sociolaboral y reconocimiento del mérito de cada persona por su esfuerzo. Dentro de esta posición, el polo clientelar destaca la importancia de la escuela pública (y de la concertada con el mismo currículo) como base común homogénea de toda la ciudadanía, mientras el polo liberal subraya la promoción individual basada en la calidad educativa, lo que puede favorecer los centros de élite, tanto privados como públicos, y el reparto de aulas por niveles académicos.

La posición tradicional insiste en la uniformidad del ciclo educativo obligatorio y gratuito, en coherencia con la educación recibida en las familias y sin necesidad de introducir diferencias por comunidades autónomas o según el origen nacional o étnico (“tenemos que ser uno”). Se plantea también proteger más al alumnado en la etapa infantil, atrasando la edad de entrada en el instituto. El énfasis se pone en la exigencia, el respeto a la autoridad y la disciplina escolar, valores que deberían ser centrales en todos los tipos de enseñanza, públicos y privados, lo mismo que en las familias y en la sociedad en general.

La posición instituyente considera que el sistema educativo debe tener como uno de sus principales ejes el papel protagonista de un alumnado diverso, de manera que se respeten y culti-

ven sus valores y motivaciones personales. Ante los sectores atrasados del alumnado y ante las minorías nacionales o étnicas, la escuela debería evitar cualquier forma de segregación y apoyarles en la elección de aquellos itinerarios que mejor respondan a su interés y su capacidad. Aunque se apunta que los centros públicos serían los más indicados para desarrollar tales principios, no está garantizado que de hecho los apliquen, lo mismo que pueden hacer aquellos centros de iniciativa privada que se lo propongan expresamente.

4. ESCENARIOS DE FUTURO

Del análisis realizado se pueden extraer dos conclusiones de tipo general. En primer lugar, más allá del diferente punto de vista adulto o juvenil en torno a la escuela, existe una notable convergencia de posiciones ideológicas entre ambas generaciones; es decir, en las opiniones y representaciones sobre la escuela y su funcionamiento no influyen tanto la edad o la pertenencia a distintas generaciones cuanto otros factores, como la posición socioeconómica, el hábitat, la pertenencia a minorías, etcétera. En segundo lugar, el campo de discursos referidos a la educación presenta una diversidad de planteamientos que se refleja de forma insuficiente en el debate público y parlamentario: las posiciones centrales (clientelar y liberal) se imponen como discursos políticamente correctos, quedando estigmatizadas las otras posiciones, una como reaccionaria-desfasada, la otra como utópica-idealista.

Por otra parte, los escenarios de futuro que se desprenden de los discursos de progenitores y jóvenes en torno a la escuela dependerán de cuál sea el peso y las alianzas que se produzcan entre estas posiciones y de cuál sea su influencia en la opinión pública, en los cambios legislativos y en la praxis cotidiana de los centros.

La posición liberal, más presente entre las clases medias y medias-altas urbanas, es la que se siente más cómoda en la actual coyuntura de la sociedad española. Su eje central en el campo educativo, como ya se ha dicho, es el reconocimiento del mérito correspondiente al esfuerzo en el marco de una sociedad plural y competitiva, con igualdad de oportunidades. La calidad de la educación y la gestión eficiente de los recursos públicos y privados es su escenario de futuro más deseable. Tanto a nivel personal como colectivo,

hay que esforzarse por remontar las etapas de crisis, como la actual, y evitar que las desigualdades sean excesivas e impidan la cohesión social.

Por su parte, la posición clientelar, detectada con más nitidez entre clases populares, tanto urbanas como rurales, se sitúa a la defensiva, ya que, en su opinión, existe un déficit de intervención por parte del Estado, que habría abdicado parcialmente de sus responsabilidades en relación a la escuela. La política educativa debería aportar más recursos a los centros que lo necesitan, apoyar a las familias y al alumnado en su tarea educativa y salir al paso, con inspecciones y normas precisas, de aquellas circunstancias que repercuten negativamente en el aprendizaje escolar (malos hábitos de la infancia y la juventud, presión publicitaria de las marcas que incitan a un consumo compulsivo, uso abusivo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, etcétera).

La posición tradicional, más arraigada entre el pequeño empresariado y la juventud rural de la España interior, añora una vuelta al modelo social y educativo tradicional y muestra, por tanto, preferencia por aquellas tendencias educativas que promuevan mayor exigencia académica, claridad y uniformidad normativa y mayor control de los hábitos “degenerados” de la juventud (“botellón”, sexo libre, consumismo, etc.); por tanto, también una mayor intervención del Estado, tal como planteaba la posición clientelar.

La posición instituyente, que se ha mostrado con más fuerza en algunos segmentos de población adulta y juvenil de las periferias urbanas, dibuja como escenario más deseable una sociedad libre de los valores individualistas y mercantilistas, en lo que coincide con la posición tradicional. Sin embargo, considera un avance haber superado el pasado patriarcal-autoritario y plantea la necesidad de una amplia movilización que provoque un cambio de paradigma social y educativo. Desde el punto de vista parental, habría que pasar de la loca carrera por “coger oficio y beneficio”, que estigmatiza como personas “fracasadas” a una gran parte del alumnado procedente de la clase trabajadora, a la satisfacción de llegar a ser “personas y profesionales felices en su entorno”, con “conciencia social” de los problemas de fondo que afectan a la sociedad. Desde el punto de vista juvenil, se reclama la atención a “nuevas ideas” para recobrar la confianza en que es posible construir un mundo nuevo desde la implicación activa de la mayoría de la sociedad, actualmente dominada por una minoría poderosa de empresarios especuladores, polí-

ticos corruptos y sindicalistas de oficio que “solo miran por ellos”.

Tal como se ha indicado, la alianza entre las posiciones clientelar y liberal ha dado lugar a un espacio ideológico de amplio espectro socialmente dominante a partir de los años de la transición. No obstante, las otras dos posiciones, aun cuando tienen menor peso en los debates grupales, pueden ejercer suficiente influencia para lograr nuevas alianzas, sobre todo en tiempos de crisis como el que atravesamos.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, L.E. (1998), *La mirada cualitativa en sociología*, Madrid, Fundamentos.

ANTÓN, J. (2006), “Inmigración y xenofobia política: la teoría política de la nueva derecha europea”, en: BERGALLI, R. (COORD.), *Flujos migratorios y su (des)control*, Barcelona, Anthropos.

CALERO, J. y S. WAISGRAIS (2009), “Factores de desigualdad en la educación española. Una aproximación a través de las evaluaciones de PISA”, *Papeles de Economía Española*, 119 : 86-98.

COLECTIVO IOÉ (2010a), *Posiciones y expectativas de las familias en relación al sistema educativo*, Madrid, Ministerio de Educación.

— (2010b), “¿Para qué sirve el grupo de discusión? Una revisión crítica del uso de técnicas grupales en los estudios sobre migraciones”, *Empiria*, 19: 73-99.

— (2012), *La juventud ante su inserción en la sociedad*, Madrid, Ministerio de Educación (en prensa).

CONDE, F. (1999), *Los hijos de la desregulación*, Madrid, Fundación CREFAT.

— (2002), *La mirada de los padres: Crisis y transformación de los modelos de educación de la juventud*, Madrid, Fundación CREFAT.

— (2009), *Análisis sociológico del sistema de discursos*, Madrid, CIS.

FERNÁNDEZ DURÁN, R. (2011), *La quiebra del Capitalismo Global: 2000-2030*, Madrid, Virus-Baladre.

FERNÁNDEZ ENGUITA, M.; MENA, I. y J. RIVIÈRE (2010), *Fracaso y abandono escolar en España*, Barcelona, Fundación “la Caixa”.

IBÁÑEZ, J. (1979), *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*, Madrid, Siglo XXI.

IBÁÑEZ, J. et al. (1990), “Sociología crítica de la cotidianidad urbana”, *Anthropos*, 113.

OCDE (2005), *Informe PISA 2003. Aprender para el mundo de mañana*, Madrid, Fundación Santillana.

ORTÍ, A. (1994), “La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social”, en: DELGADO, J.M. y J. GUTIÉRREZ, *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis: 85-95.

VELARDE, J. (1990), “El Pacto de la Moncloa: análisis del acuerdo económico-social que hizo posible la Constitución de 1978”, *Información Económica Española*, 676/677: 105-118.

WALLERSTEIN, I. (2007), *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*, Barcelona, Kairós.